

La siesta



"Inventen algo para hacer, pero no hagan ruido". Treinta y pico de grados de sensación térmica a la sombra. Varios primos, hermanos y amigos juntos (propios, de años o adoptados durante esa temporada). Adultos, muchos, pero descansando. Una pileta, prohibida *"hasta que el sol baje un poco"*. Y bastantes ganas de divertirse.

La hora de la siesta era un clásico. *"Si no quieren dormir, no duerman; pero en silencio y afuera"*. Tres o cuatro horas libres de adultos y llenos de buenas ideas. Nos podíamos pasar la tarde entera en el ombú y ni nos dábamos cuenta. Moríamos por darnos un chapuzón, pero imposible sin un "grande" que nos mire. Así que, muy inteligentes por cierto, dejábamos volar nuestra imaginación y nos convertíamos en padres, madres, hermanos, maridos e hijos. Los roles variaban de uno a otro sin cesar. Y la diversión iba en aumento. Una rama convertida en un dormitorio, las raíces en el living y el árbol era nuestro hogar.

De repente, sobre la mesa de afuera alguien ponía una jarra de "Nesquik" (frío, más vale) y una bandeja llena de tostaditas con manteca y dulce. Como para alimentar a un batallón de presos. Eran las cinco en punto. Había llegado la hora del té. Después vendrían los clásicos "Marco polo" y la "mancha tres pasos". Más tarde, algún tío bondadoso ensillaba los caballos y nos mandaba de paseo (*que sea largo, nada de ir hasta el galpón y volver que me pasé tres horas preparando los animales*). Y así, se libraban de nosotros, los niños, por un rato. Y se sentaban ellos, tranquilos, a conversar cosas de grandes. La siesta. Una costumbre perdida en la gran ciudad, pero mantenida y venerada en los pueblos. La siesta, sinónimo de recuerdos de la infancia, de abuelos y de momentos inolvidables. La siesta. El verano. El calor. Meses que se hacían eternos, pero que valían la pena y que quedaron grabados con fuego.

ROSARIO LANUSSE
DIRECTORA

